

LAURENT GOUNELLE



HOY
HARÉ DEL
MUNDO
UN LUGAR
MEJOR

LAURENT GOUNELLE

HOY HARÉ DEL MUNDO
UN LUGAR MEJOR

Traducción de Juan Camargo

 Planeta

Título original: *Le jour où j'appris à vivre*

© Kero, 2014

© por la traducción, Juan Camargo, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14509-7

Depósito legal: B. 14.793-2015

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Arrancar el mal de raíz.

Desde la ventana del cuarto de baño, en el piso superior de la minúscula casa rosa que, pronto haría tres meses, alquilaba en una bonita callejuela de San Francisco, Jonathan observaba, al tiempo que se afeitaba sin pensar en los gestos, el avance inexorable del trébol por el césped. La pobre hierba, amarilleada por el despiadado sol de julio, parecía dispuesta a rendirse. «La clopiralida no funciona.» El bidón entero con que la había rociado a principios de mes no había servido para nada. «Arrancarlo todo, brizna a brizna, eso es lo que hay que hacer», se dijo Jonathan mientras la maquinilla eléctrica le acariciaba la barbilla con un zumbido monótono. Se tomaba muy a pecho cuidar del jardín lo mejor posible: orientado al sur, detrás de la casa, era donde su hija Chloé jugaba cuando iba a verlo los fines de semana alternos.

Cuando acabó de afeitarse, Jonathan consultó sus emails en el móvil. Solicitudes de clientes, una reclamación, una comida aplazada, el informe mensual de contabilidad, una propuesta y varios boletines electrónicos.

De nuevo ante el espejo, cogió un pincel y un frasco de tinte para cabello moreno. Se aplicó la loción con cuidado

sobre las canas incipientes. Con treinta y seis años, era demasiado pronto para aceptar el paso del tiempo.

Terminó de prepararse de prisa para llegar a la cita diaria en el café de la plaza: todas las mañanas desde la creación de la pequeña gestoría de seguros, hacía cinco años, los tres socios se reunían allí para tomarse un café rápido en la terraza. Uno de ellos no era otra que su expareja, Angela, y su reciente separación no había alterado aquel ritual que parecía inmutable.

Su gestoría era la única de la ciudad especializada en una clientela de pequeños comerciantes regionales. Tras unos comienzos difíciles, ya se había estabilizado y permitía a los socios y a su asistente ingresarse un salario mensual, si bien era más bien bajo. La gestoría había conseguido implantarse y las perspectivas de crecimiento eran prometedoras. Había que luchar por ello, claro, y a veces Jonathan experimentaba un desánimo pasajero, pero seguía creyendo que todo es posible, que los únicos límites son aquellos que uno se pone.

Salió a la escalera de la entrada y se dirigió a la puerta de la valla. El aire arrastraba un agradable aroma a bruma estival. El jardincito que separaba la casa de la calle no se encontraba en mejor estado que el otro. Orientado al norte, éste había sido invadido por el musgo.

El correo esperaba a Jonathan en el buzón. Abrió un sobre del banco. La reparación del coche le había dejado la cuenta en números rojos. Tenía que solucionarlo lo antes posible. La segunda carta la remitía su compañía telefónica. Seguro que era otra factura...

—¡Buenos días!

El vecino, que estaba recogiendo su correo en aquel

momento, lo saludó con aire relajado, con la cara de un tipo al que la vida le sonríe. Jonathan hizo lo mismo.

Un gato se restreg  maullando contra sus piernas. El joven se agach  para acariciarlo. Era el de una anciana que vivía en un pequeño edificio cercano. Jonathan se lo encontraba con frecuencia en su jardín, para inmensa alegría de Chlo e.

El gato precedió a Jonathan por la calle, luego maull o ante la puerta del bloque de pisos, mirándolo. Jonathan empuj  la puerta y el gato se metió adentro precipitadamente sin quitarle ojo.

—Quieres que te acompañe,  verdad? Tengo prisa,  sabes? —dijo Jonathan mientras abría la puerta del ascensor—.  Venga, rápido!

Pero el gato seguía al pie de la escalera maullando suavemente.

—Prefieres la escalera, ya lo sé... Pero no tengo tiempo. Venga, ven...

El gato insistió entrecerrando los ojos. Jonathan suspiró.

—Te est s pasando...

Cogi o al gato en brazos y, uno tras otro, subió los escalones que había hasta el tercer piso. Llamó a la puerta y volvió a bajar sin esperar a que abrieran.

— Ah!  Por fin apareces, gamberro! —se oyó decir a la voz de la anciana.

Jonathan entró en la callejuela de casas todavía so olientas y giró a la derecha por la calle comercial para llegar a la placita donde tenía su reunión.

Volvió a pensar en la manifestación contra la deforestación de la selva amazónica en la que había participado la víspera. Había congregado a unos centenares de personas

y había logrado llamar la atención de la prensa local. Ya era algo.

Al pasar por delante del escaparate de la tienda de deportes, le echó una ojeada al par de deportivas que lo miraba, burlón, desde hacía algún tiempo. Magníficas pero prohibitivas. Un poco más lejos, el apetitoso olor a pasteles recién hechos que emanaba por las salidas de ventilación de una pastelería austriaca —colocadas, no sin ingenio, en la fachada— le despertó el gusanillo. Estuvo a punto de flaquear, luego apretó el paso. Demasiado colesterol. De todas nuestras luchas diarias, ¿no es la peor de todas la que sostenemos contra los numerosos deseos que nos inducen a lo largo del día?

Aquí y allá dormían unos cuantos vagabundos debajo de mantas. La tienda mexicana ya estaba abierta, así como la de periódicos y, un poco más lejos, la peluquería portorriqueña. Se cruzó con varios rostros familiares que se dirigían al trabajo con la mirada ausente. Al cabo de una hora, el lugar se animaría de verdad.

Mission District es el barrio más antiguo de San Francisco. Todo en él es dispar: chalés victorianos sin mucho lustre se codean con edificios sin alma que, a su vez, lindan con viejos inmuebles casi insalubres. Casas antiguas de color pastel tontean con bloques cubiertos de grafitis de tonos agresivos. La población misma se encuentra fragmentada en numerosas comunidades que se cruzan sin, en realidad, llegar a tratarse. Se oyen lenguas tan variadas como el chino, el español, el griego, el árabe o el ruso. Cada uno vive en su mundo sin atender al resto.

Un mendigo se le acercó con la mano tendida. Jonathan dudó un breve instante, luego siguió su camino

evitando la mirada del hombre. No se le puede dar a todo el mundo.

Michael, su socio, estaba ya sentado en la terraza del café. Era un elegante cuarentón de sonrisa seductora que hablaba a toda velocidad y rebosaba tal energía que cabía preguntarse si estaba conectado a unas baterías de alta tensión o simplemente le daba a las anfetaminas. Vestido con traje beis claro, camisa blanca y corbata anaranjada de seda trenzada, tenía en la mesa una taza grande de café y una *tarta de zanahoria* que parecía haber elegido para que hiciera juego con la corbata. La terraza ocupaba un amplio espacio de la acera, que era lo bastante ancha para poder olvidarse de los coches que pasaban por detrás de una hilera de arbustos plantados en grandes macetas de madera, dignas del invernadero de un castillo. Las mesas y sillas de mimbre acentuaban la sensación de estar en otra parte, no en la ciudad.

—¿Cómo te va? —soltó Michael de manera sobreexcitada.

No andábamos lejos de la actuación de Jim Carrey en *La máscara*.

—¿Y a ti? —le contestó Jonathan como de costumbre.

Se sacó del bolsillo un botecito de loción antibacteriana, se echó unas gotas en los dedos y luego se frotó las manos enérgicamente. Michael lo miró divertido, con una sonrisa.

—¡Que me salgo! ¿Qué tomas? La tarta del día está de muerte.

—¿Ahora tomas tarta para desayunar?

—Es mi nuevo régimen: un poco de azúcar por la mañana para arrancar, luego nada durante el resto del día.

—Venga esa tarta.

Michael le hizo una señal al camarero y pidió.

De los tres socios, Michael era el que mejor dominaba los secretos del oficio y, a menudo, Jonathan sentía una cierta admiración hacia él. Envidiaba la soltura con la que lograba llevar al cliente al estado de ánimo oportuno para dejarse convencer. Al acompañarlo en la búsqueda de nuevos clientes, Jonathan había asistido a escenas increíbles en las que Michael lograba meterse en el bolsillo a un cliente potencial completamente recalcitrante. Después de haberse formado y entrenado durante mucho tiempo métodos de venta, Jonathan se las apañaba correctamente, pero tenía que esforzarse de manera considerable allí donde Michael desplegaba su arte con soltura, puesto que dominaba todas las técnicas para persuadir a los clientes para que suscribieran nuevos contratos, nuevas opciones, para que aumentaran siempre su protección hasta cubrir, sin darse cuenta, varias veces el mismo riesgo... «En este campo —les confió a sus socios una vez—, el miedo es la emoción reinante, el principal aliado del asesor. Aparece en la mirada del comerciante en cuanto se evoca la imagen de un desastre, de un robo, de un litigio. Primero ínfimo, aunque insidioso, pronto se infiltra en los meandros de su mente hasta volverse una cuestión preponderante en su facultad de decisión. ¿Qué supone entonces la cuota anual solicitada en comparación con los costes de un siniestro o de un proceso iniciado por un consumidor enfadado? Cuanto más sombrías son las perspectivas, menos caro parece el seguro...»

Jonathan era un tipo honrado y solía sentirse un poco culpable. Pero todos sus rivales aplicaban aquellas técnicas, y renunciar a ellas él solo lo hubiese perjudicado. «En este mundo sin corazón, las reglas son las que son —se de-

cía—. Más vale aceptarlas y tratar de salir airoso si uno no quiere unirse a los marginados de la sociedad...»

—¿Sabes? —dijo Michael—. Últimamente he pensado mucho en tu situación.

—¿Mi situación?

Michael asintió con amabilidad. Su mirada estaba llena de empatía.

—Cuanto más os observo, más me digo que tiene que ser un infierno trabajar con tu ex a diario.

Cogido un poco por sorpresa, Jonathan miró a su socio sin responder.

—Os hacéis daño mutuamente. No es razonable.

Jonathan seguía desconcertado.

—Y no puede durar.

El más joven bajó la mirada. Michael lo miró casi con ternura.

—Por eso, más vale anticiparse...

Se tomó un bocado de tarta de zanahoria.

—He cavilado mucho, le he dado vueltas al problema por todos lados, y, en conclusión, tengo una propuesta que hacerte.

—¿Una propuesta?

—Sí.

Jonathan se quedó callado.

—Eso es: no me respondas ahora mismo, tómate tu tiempo para reflexionar.

Su interlocutor lo miró atentamente.

—Estoy dispuesto —continuó Michael— a hacer el esfuerzo de comprar tu parte si quieres marcharte.

—Mi parte... ¿de la gestoría?

—Sí, no tu parte de la tarta.

Jonathan se quedó sin habla. Nunca se había planteado dejar la empresa que habían creado juntos. Se había implicado tanto en ella, en cuerpo y alma, que se había convertido... como en una parte de sí mismo. Sintió una punzada de dolor en el estómago. Abandonar la empresa suponía separarse del elemento central de su vida. Volver a empezar de cero. Reconstruirlo todo de nuevo...

En el interior del café, una pantalla de televisión fijada a la pared emitía imágenes de Austin Fisher, el campeón de tenis que acumulaba trofeos. Después de haber ganado otra vez Wimbledon unas semanas antes, se presentaba en Flushing Meadows como gran favorito del US Open.

Jonathan se quedó mirando las imágenes pensativo. Vender su parte a Michael equivaldría también a renunciar a su sueño secreto de superarlo, de convertirse a su vez en el que obtiene los mejores resultados comerciales.

—Tendré que pedir un préstamo —añadió Michael—. Es duro, pero puede que sea lo mejor para todos nosotros.

—Buenas a todo el mundo.

Angela se sentó a su mesa y suspiró ruidosamente para dejar claro lo exasperada que estaba, a pesar de tener una sonrisita en los labios. Jonathan la conocía a la perfección.

—¿Cómo dices que te va? —gritó Michael.

—Tu hija se ha negado a lavarse los dientes —dijo señalando a Jonathan con el mentón—. Por supuesto, no he cedido. Me he tenido que pelear con ella durante diez minutos... Al final nos hemos encontrado la puerta del cole cerrada. Ha tenido que llamar a conserjería y le ha caído una buena bronca. Peor para ella.

—¿Café largo como siempre? —le preguntó Michael sin perder la sonrisa.

—No, uno doble —respondió Angela con un nuevo suspiro.

Michael se lo pidió. Angela le lanzó a Jonathan una mirada acompañada de una sonrisa mordaz.

—Qué tranquilo pareces. Relajado...

No se dio por aludido. Ella se pasó la mano por el cabello castaño claro. Las puntas le rozaban los hombros.

—Me echaste en cara —dijo Angela— que me ocupase más de mis plantas que de mi hija, pero...

—Eso yo nunca te lo he reprochado —protestó Jonathan con un tono de derrota anticipada.

—Pero mis plantas, qué cosas, no se ponen a gritar revolcándose por el suelo.

Jonathan reprimió una sonrisa y luego se bebió su café sin decir nada. Estaban separados desde hacía tres meses, pero ella seguía haciéndole reproches como antes. Y, de repente, se percató de que, de alguna extraña manera, aquello le gustaba. Le hacía sentir que su relación proseguía a pesar de todo. Entonces se dio cuenta de algo que nunca se había confesado: en lo más profundo de sí, permanecía latente la esperanza de volver con ella.

Vender su parte a Michael le privaba de aquella esperanza, puesto que acababa con su último vínculo diario con Angela.

Se fue a la carrera a su primera cita y dejó a sus socios en la terraza. La lista de posibles clientes por visitar era larga. Tenía una dura jornada en perspectiva, pero era víspera de fin de semana. Tendría todo el tiempo del mundo para descansar.

Ni se le pasaba por la cabeza que, dos días más tarde, su vida fuera a dar un vuelco definitivo.

El rostro, de perfil, levemente crispado. Se levanta, saluda de forma breve, luego se vuelve y se aleja.

El potente zum Nikon siguió los movimientos de Jonathan hasta que dejó la terraza. La silueta se volvió borrosa. Ryan apagó la cámara, se enderezó y, a través de las cortinas negras de la ventana, en el segundo piso de su edificio del otro lado de la plaza, miró cómo el joven se alejaba.

—No le replica, se deja pisar sin decir nada... Es bastante divertido, pero la verdad es que no termina de arrancar. Digamos... un 5, por los pelos —murmuró para el cuello de su camisa.

Se secó las manos sudorosas en el vaquero y tiró de la parte baja de la camiseta negra para secarse el sudor de la frente. En el negro no se notan las manchas, es la ventaja que tiene.

Al recorrer con la mirada la terraza del café, descubrió a dos mujeres bastante elegantes. Conocía a una de ellas de haberla grabado ya en dos o tres ocasiones sin éxito. Enfocó hacia ellas la cámara acoplada a su nuevo micro parabólico ultradireccional. Volvió a ponerse los cascos en las

orejas y las voces de ambas aparecieron con una claridad sorprendente. Ryan no se arrepentía de su compra: a más de ochenta metros, las oía con la misma claridad que si estuviera sentado con ellas a su mesa.

—Sí, es verdad —decía una—. Te lo aseguro. Aunque las hubiese organizado con antelación. Seis meses por lo menos. Y, claro, lo había reservado todo. Avión, hotel... ¡El lote completo!

—No es muy agradable que digamos —respondió la otra negando con la cabeza—. ¿Tenías un seguro de cancelación?

—¡Pues claro! Imagínate, ya me la jugó hace tres años. Ahora ya no me fío.

—Si yo fuese tú, cambiaría de empresa. Con el currículum que tienes, encuentras lo que quieras. A mí me tienen bastante pillada...

Ryan grabó durante un rato, en vano. La semana anterior había descubierto que la ventana de su habitación, al otro lado del edificio, daba al jardín de la joven, a noventa y cuatro metros. Un poco lejos, pero, con un duplicador del focal, podía hacerse si de verdad había algo que grabar. Definitivamente, el piso de Ryan, en la segunda planta, ofrecía una ubicación privilegiada. El edificio daba, por un lado, a la plaza, justo en un ángulo con visión desde lo alto a la terraza del café, por el otro, a la hilera de jardines de las casas y de los bloques, jardines donde se desarrollaban a menudo escenas familiares que no eran moco de pavo. Varias habían alcanzado el listón fatídico del 6, umbral fijado por Ryan para ser publicadas en su blog.

Bebió un sorbo de Coca-Cola, luego recorrió la terraza con la mirada. Vio a una pareja desconocida, de unos cin-

cuenta años, en plena discusión y apuntó la cámara hacia ellos.

—Cuando te hablo —decía la mujer—, tengo la impresión de hablarle a una estatua de cera.

Ryan hizo zum sobre la cara del marido, medio apenado, medio ausente.

—Pero —añadió la mujer— hasta la cera se derrite al sol. A ti nada nada te inmuta, tú te quedas igual de frío. Eres más bien una estatua de mármol. Sí, eso es, de mármol. Como una tumba. Hablas tanto como una tumba. Eres incapaz de comunicarte...

Al oír aquellas palabras, Ryan sintió un acceso de ira y apagó la cámara.

«Incapaz de comunicarse.» El reproche que le hicieron nada más comenzar la vida laboral, con su título de ingeniero en el bolsillo. Aquel reproche resonaba todavía en su cabeza, después de siete años.

Le vino otra vez a la cabeza el director de Recursos Humanos, con su cara de bobo, explicándole en un tono untuoso su confusa teoría de mierda. *Había varias formas de inteligencia*, según él, a pesar de no ser el más indicado para abordar el tema. *La inteligencia racional no era la única. La inteligencia emocional tenía también su importancia.*

La inteligencia emocional... Pero ¿qué no se inventaría la gente para tranquilizar a los gilipollas? ¿Por qué no la inteligencia muscular, la inteligencia digestiva, la inteligencia excretora?

La verdad es que lo habían echado porque, al hablar con los tontos, no se rebajaba a su nivel como los demás. Y, en realidad, aquello era lo que esperaban de él. En el reino de los cretinos, el que habla el lenguaje de los memos es el

rey. Ése es el lenguaje que debería enseñarse en Berkeley o en Stanford, en vez del C o el Visual Basic. En la política pasa algo parecido: salen elegidos los que le dicen a la gente las gilipolleces que quiere oír. Cuanto más estúpido, mejor funciona.

Ryan inspiró profundamente para calmar la tensión. Sólo faltaría que le diese un infarto cerebral. Así los memos habrían conseguido su cabeza.

Cada vez que volvía a recordar la película del comienzo de su carrera, le pasaba lo mismo. Volvía a ver las escenas de selección que habían seguido a su despido. Lo martirizaban a preguntas sobre las razones de su pronta salida. Aquellas entrevistas, humillantes, en las que le preguntaban acerca de asuntos personales, escandalosamente íntimos. «¿Qué tienen que ver mis aficiones con el puesto? —había tenido ganas de gritarles—. ¿Qué demonios le importa si tengo o no pareja?» Debería habérselo dicho, haberlos mandado a paseo en aquel momento, y, sobre todo, negarse a participar en aquellas situaciones hipotéticas, en esos juegos de rol de tres al cuarto... Y siempre sus conclusiones precipitadas, ridículas, lamentables: «Cuidar lo relacional... Le costará trabajar en equipo... Incapaz de comunicarse».

Ryan borró la última grabación.

En aquellos momentos tenía que contentarse con un puesto de programador de base y cobrar una miseria. El único interés de aquel curro a jornada completa, que hacía deprisa y corriendo en medio día, era el teletrabajo.

Bebió tres sorbos de Coca-Cola, sin dejar de darle vueltas al tema, y luego se volvió hacia la pantalla del ordenador. Ciento setenta y seis «Me gusta» y doce comentarios a

su último post, el vídeo del tipo que cambia cuatro veces de opinión al pedir al camarero y luego se come una hamburguesa con aspecto abatido confesándole a su colega que, al final, habría preferido un perrito caliente. Con cara de tonto de pueblo puro y duro. Para morirse de risa.

Su blog, el «Minneapolis Chronicles», rebosaba de escenas de aquel tipo. Los anuncios le reportaban algunos dólares por aquí y por allá. Menos da una piedra. Había dudado si bautizarlo *La vida de los memos*, pero había preferido referirse a una ciudad alejada de San Francisco de manera explícita. Grababa en plano general, así que era imposible reconocer los lugares. Era un señuelo para estar tranquilo. La ley californiana era rotunda: era necesario el consentimiento previo de todas las personas presentes antes de grabar en un lugar público. En Minneapolis, en lo más profundo del Medio Oeste, había libertad para grabar a quien se quisiera.

Y así compartía sus ataques de risa con un pequeño grupo de fieles visitantes de la página. «Dado que la sociedad está organizada por los memos para los memos —se decía a sí mismo—, más vale reírse que lamentarse de ello y provocarse una úlcera.»

De tanto grabar a la gente del barrio, había acabado por aprenderse sus nombres y retazos de su historia. La mayoría no tenía interés, eran deprimentes por lo banal y mediocre, pero, a veces, la memez volvía la mediocridad graciosa.

Ryan le dio otro sorbo al refresco y luego se decantó por dos chicas sentadas ante unos grandes boles de té humeante. Una de ellas iba a casarse dentro de poco y le contaba su proyecto de futuro a su amiga. Ryan no pudo evitar son-

reírse al oír el tono algo ingenuo de la futura recién casada. Tenía potencial.

Afinó los ajustes. Al abrir el objetivo a f8, obtenía profundidad de campo. Y un picado para desenmascarar las pestañas postizas y los puntos negros tapados con crema.

—Bob y yo lo compartimos todo —estaba diciendo.

—Tienes suerte —apuntó la otra—. Kevin siempre encuentra una razón para no quitar la mesa. Para tender la ropa, lo mismo. Está empezando a hartarme.

—Ya, ya veo. Bob y yo nos repartimos los papeles, las tareas, todo. Repartimos incluso los gastos. Está todo claro.

—Eso está bien. Nosotros no nos hemos puesto reglas para el dinero...

—Mira, por ejemplo, lo del piso que vamos a comprarnos. Bob me ha dicho: «Lo mejor es que nos dividamos los gastos: ponemos el piso a mi nombre y yo pago todos los recibos mensuales. Yo me ocupo de todo. Tú pagas los impuestos, las facturas, la comida, las vacaciones». Ha calculado que viene a ser lo mismo, así es equitativo y no hay motivo para broncas.

—Pero... si algún día os divorciáis... él tendrá el piso... y tú... ¿no te quedas nada?

—Ah... ya salió... Es el hombre de mi vida, vamos a casarnos, y tú pensando en divorcios.

—Pero...

—A ti lo que te pasa es que no crees en el amor...

Ryan se mordió los labios. Grabó unos segundos más, por si acaso, y luego cortó. Por fin, estalló en una carcajada.

—¡Pues ya está! ¡Te has ganado tu billete a Minneapolis, cariño!